



David y Sheila caminan por un parque en el paseo de Juan Carlos I, en Pajarillos. :: RODRIGO JIMÉNEZ

«Es una ayuda para salir del bache, pero hay que luchar y ponerse a trabajar cuanto antes»

David Escudero y Sheila Fernández Perceptores de la Renta Garantizada

Un matrimonio con dos hijos valora la protección y el impulso a sus vidas del apoyo económico

:: A. S.

VALLADOLID. Ninguno de los dos considera la Renta Garantizada de Ciudadanía como un salario y una forma cómoda de vivir. Ambos lo tienen claro: «Es un apoyo para salir del bache, que te ayuda a buscar trabajo; pero es temporal, porque hay que luchar por ganarse la vida». David Escudero Jiménez y Sheila Fernández, una matrimonio treintañero, actualmente con dos hijos, de 12 y 6 años, han cono-

cido bien lo que es la angustia de quedarse sin sustento, con una casa comprada que apenas habían empezado a pagar, en el paro tras años de trabajo y con la incertidumbre por el futuro. Y ella, embarazada en aquel entonces.

Viven actualmente en Pajarillos Altos, se conocen desde los 18 años y llevan ya 15 años casados. Sheila –que acaba de sacarse el carné de conducir, lo cuenta orgulloso David– ha trabajado como dependienta y en el servicio doméstico. Después hizo una sustitución en el servicio de Clece para limpiar edificios de la Universidad de Valladolid, que fue la puerta de entrada; meses después de haber terminado este con-

trato, volvieron a llamarla y lleva ya dos años con trabajo. David es cocinero. Es una vocación «de toda la vida», le encanta la hostelería y restauración y ello le llevó a hacer un curso hace cinco años del Secretariado Gitano que duró seis meses. Con él llegó el trabajo en la cafetería de las Cortes –«hice ahí las prácticas y ya me cogieron y también trabajé dando de comer en los cuarteles militares». Ahora lleva solo 15 días en paro y con buenas perspectivas laborales. «No aguantó estar así, necesito trabajar y quiero empezar cuanto antes».

El primer piso tuvieron que dejarlo en dación del pago cuando la crisis los dejó a ambos en la calle.

Un alquiler y gastos de la casa que les llevaba entre 200 y 300 euros, buena parte de la renta garantizada de la que ella era la titular –de 590 euros con un hijo y, ya con los dos, de 640–. «Hacíamos lo que podíamos para sobrevivir, mercadillo, cualquier cosa que saliera... y la renta nos ayudó, nos dio un techo, una oportunidad, porque es realmente muy duro quedarte sin nada, y más para un gitano porque hay mucho desprecio, se generaliza mucho y nos ven a todos como malos y eso es injusto. En algunos trabajos incluso nos han preguntado si lo somos y no nos han querido coger. Es muy duro que te miren mal por la raza».